

inmensidad se funda la máquina del mundo!”), no faltan los versos en que percibimos la angustia y soledad humana, propias de un poeta existencia de nuestros días (“Pobre y exiguo y desnudo irás a las sombras”) o introducciones de una ética pre-pascaliana (“Esto sólo quedará de ti tras los hados de la muerte —lo que tú mismo hayas hecho bien, recta y justamente”).

San Ildefonso nos describe a Eugenio como hombre de constitución débil y naturaleza enfermiza; en un poema bellísimo y sobrecogedor, el poeta (y santo) se queja de su enfermedad (“Querimonia aegritudinis propriae”) en términos que nos recuerdan los de Cristo en la Oración del Huerto: “Asiste la enfermedad, (...) —y el dolor paraliza los huesos—, el miedo golpea el corazón (...), —Cristo, te lo ruego, tenn piedad; dame consuelo, Cristo —pues soportar juntamente tanto males agobia mi ánimo”.

Otro poema estremeceador es el “Lamento por la llegada de la propia vejez”, donde podemos leer muchos versos memorables: “Impía, la encorvada vejez ya se apodera de mí, miserable —por ello con renovado dolor inicio tristes poemas. (...) Ya urge lo final, y está próxima la ruina—. Ya la cruenta muerte pisa nuestros umbrales (...). ¡Oh muerte, que todo lo devoras!” (“Oh mors omnivorax”). Su descripción de la progresiva descomposición del cuerpo humano y el abandono y desprecio de este mundo nos hacen recordar muchos versos del Barroco que no es momento de traer aquí. Su nombre, Eugenio, aparece con frecuencia entre sus versos, y siempre acompañado del epíteto “miserable” (“miser Eugenius”). Nunca entra en cuestiones teológicas ni dogmáticas (para las que estaba muy preparado); su cristianismo era el amor, la humil-



dad y el sufrimiento. Una noche oyó el ruiñeñor de las Geórgicas y escribió deliciosos versos; no sabemos si el canto surgió de entre unos árboles vecinos, junto al Tajo, o entre los versos bulluciosos de Virgilio, lo cierto

es que le hizo exclamar: “Toda gloria a tí, alabanza y bendición, oh Cristo, que regalas a tus siervos con estos gratificantes bienes”.

Ahora le damos el alto nombre de San Eugenio III, Arzobispo de Toledo y Pa-

dre de la Iglesia. El se llamó a sí mismo “miser Eugenius”. En él Toledo y la Hispania visigoda tuvieron un gran poeta en la primera mitad del siglo VII, en el momento más alto de esta cultura.

José M^o GOMEZ GOMEZ